

CAPITULO VIII

PUEBLOS Y PATRIAS

✓ 240. He oído la *ouverture* de Wagner de *Los maestros cantores*: es un arte estupendo, sobrecargado, tar- do y grave, que para ser comprendido pretende necesi- tar todavía otros dos siglos de música: hace honor á los alemanes que tal cálculo resulte cierto. ¡Cuántas sa- vias, cuántas fuerzas, cuántas estaciones y cuántos climas están allí mezclados! Tan pronto esta mú- sica tiene aire de antigua, tan pronto de extraña, de áspera, de prematura; allí se halla originalidad y convencionalismo, delicadeza y ruda grosería, ardor y espíritu, al mismo tiempo que el sabor agrio de la fruta verde. Es una corriente que pasa amplia y ma- jestuosa: y de repente hay un momento de tregua in- explicable, una laguna entre la causa y el efecto, una presión, una pesadilla; pero he aquí que de nuevo la corriente se ensancha y pasa conduciendo aquella múl- tiple sensación agradable de felicidad antigua y nueva de felicidad propia al artista, el cual no quiere escon- derla, de felicidad consciente y sorprendida en la maestría de sus medios, de medios nuevos y todavía no experimentados. No hay allí ninguna belleza, nada de meridional, nada del esplendoroso cielo del Sur, nada de gracia, de danza, ni apenas de lógica. Es una confusión querida y subrayada; un vestido usado; algo bárbaro y solemne; una mezcla de cosas preciosas, doctas y venerables; algo de alemán, es decir, de

múltiple, de informe, de inexhausto; cierto predominio del alma germánica que no teme ocultarse bajo las pulcritudes de la decadencia, verdadera característica del alma germánica tan joven y tan decrepita, tan fa- tigada y tan rica de porvenir. Esta música expresa perfectamente lo que yo siento acerca de los alema- nes; son de ayer y de mañana, no tienen todavía un presente.

✓ 241. Nosotros, los europeos, también tenemos nuestras horas de patriotismo, de vuelta á los anti- guos amores y á las antiguas angustias; horas de ebu- llición nacional, de manías patrióticas y de sentimen- talismos trasnochados.

Inteligencias menos rápidas que las nuestras para digerir lo que nosotros digerimos en pocas horas, em- plearían un año, muchos años, la mitad de la vida, se- gún su fuerza digestiva y su capacidad de «transformar la materia». Me imagino razas obtusas y vacilantes que necesitarían medio siglo para curarse de ciertos acce- sos atávicos de patriomanía y de apego al terruño don- de nacieron. Y, mientras divago acerca de esta posibi- lidad, me acontece ser testigo de un coloquio entre dos viejos «patriotas»; según parece, no andaban muy bien de oídos, pues discurrían en voz muy alta:

—*Este* sabe tanto de filosofía como un campesino ó un estudiante; es todavía un inocente, pero ¡qué im- porta! Estamos en la época de las masas, y éstas ado- ran á todo lo que tiene masa. Y lo mismo *in politicis*. Un estadista que sepa levantar ante sus ojos una nueva torre de Babel, un conglomerado monstruoso de imperio y de poder, es para ellos un hombre grande; ¿qué importa que nosotros, más prudentes y más cautos, no queramos abdicar la antigua creencia de que sola-

mente la grandeza de una idea puede hacer grande á un hecho concreto? Y si suponemos que un estadista obliga á su pueblo á hacer *política grande*, para la cual no tiene su naturaleza ninguna preparación ni aptitud, de tal modo que se viera obligado á sacrificar sus antiguas y seguras virtudes en aras de una medianía nueva y ambigua; si suponemos que tal estadista obliga á su pueblo en general á hacer política, á un pueblo que tenía otras mejores cosas que hacer y que en el fondo siente náuseas por las inquietudes, materialismo y discordias que caracterizan á los pueblos «politizantes»; si suponemos que tal estadista aguza así las pasiones dormidas de su pueblo y que le hace mirar como una mancha su timidez y su amor al retiro y su afición á lo extranjero, su cosmopolitismo, y la revuelta de arriba á abajo la conciencia y haga estrecho su espíritu y nacional su gusto; un estadista que hiciese todo esto, ¿sería grande?

—Seguramente; de otro modo no habría podido hacer tanto! ¡Sería locura el querer tal cosa; pero en su origen toda grandeza no fué más que locura!

—¡Abuso de palabras! ¡Valiente, valiente, valiente loco! ¡Pero no grande!

Los dos viejos iban acalorándose; y yo me quedé pensando, cuán pronto uno más valiente daría cuenta del valiente; pensando que por una ley de compensación, la superficialidad de un pueblo sirve de profundidad á otro.

✓ 242. *Civilización, humanización, progreso*, he aquí un título que distingue á los europeos; con fórmula política, se llama movimiento democrático; detrás del escenario moral ó político á que se refieren tales formas, se cumple un inmenso proceso «fisiológico», una

creciente asimilación de todos los europeos, una nivelación de todas las condiciones, razas y clases, una emancipación de todo *medio* determinado, que tal vez quiso quedar impreso para siempre en el cuerpo y en el alma; y por tanto, el progresivo advenimiento de hombres supernacionales y nómadas, los cuales poseen en grado máximo como cualidad típica el arte de la adaptación. Este proceso del *Europeo en formación*, cuya velocidad puede retardarse por grandes recaídas, pero que precisamente por esto ganará en fuerza y en profundidad (entre los elementos hostiles señalo el patriotismo y el anarquismo), tendrá probablemente tales resultados que sus admiradores y fautores, los apóstoles de las ideas modernas, no se los imaginan. Las mismas condiciones que servirán para mediocriar al hombre, para darnos un nombre de rebaño, útil, laborioso, capaz de muchas cosas, serán también aptas esas nuevas condiciones para formar hombres excepcionales de la calidad más peligrosa y sugestiva. Mientras aquella fuerza de educación que recomendará su obra cada decenio, no hace posible la potencialidad del tipo; mientras la impresión colectiva que hagan los europeos del porvenir, será la de un enjambre de trabajadores, locuaces, maleables, faltos de voluntad, necesitados de un amo como del pan nuestro de cada día; mientras la democratización de Europa tiende á la formación de un tipo singularmente preparado para la servidumbre, en casos raros y excepcionales saldrá más fuerte y pujante, en virtud de su educación imparcial, su multiplicidad de ejercicio, su arte del disimulo. Y me atrevería á afirmar, que el movimiento democrático de Europa es preparar involuntariamente el terreno á los *tiranos*, sin exceptuar los tiranos más espirituales.

243. Veo con placer que nuestro Sol se va acercando á la constelación de Hércules. Y espero que también el hombre de este planeta tratará de imitar al Sol. Y nosotros los primeros, ¡oh, buenos europeos!

244. Hubo un tiempo en que solía llamar *profundos* á los alemanes. Ahora, cuando el tipo más exuberante del éxito germánico deplora en todo lo profundo la falta de la *tajante energía prusiana* (1), casi es patriótico el dudar si aquella alabanza sería un error, si la profundidad germánica sería tal vez un mal, del cual esperamos vernos libres. Probemos, pues, á modificar nuestras ideas acerca de la profundidad germánica, para lo cual nos basta una corta vivisección del alma teutónica. El alma teutónica es compleja, de múltiple origen; es más bien un agregado y una superposición de almas, que un verdadero edificio. Un alemán que tuviese la audacia de afirmar «dos almas se albergan en mi pecho», faltaría grandemente á la verdad, porque se dejaría en el tintero muchas almas. Siendo, pues, una mezcolanza monstruosa de razas, en la cual preponderan los elementos *prearios*; siendo un imperio del *medio*, los alemanes son los entes más incomprensibles, más vastos, más contradictorios, más enigmáticos, más imponderables, más asombrosos; se sustraen á toda definición, y precisamente por esto son la desesperación de los franceses. En efecto, es característico de los alemanes el ser indefinibles. Kotzebub conocía muy bien á sus alemanes; *nos ha adivinado*, se exclamó entonces; pero también Sand afirmaba conocerlos. Juan Pablo Richter sabía lo que se decía cuando se declaró contrario

(1) *Schneidigkeit*.

á las adulaciones y exageraciones patrióticas de Fichte; pero es de presumir que Goethe pensaría de diferente modo que Juan Pablo acerca de los alemanes, por más que le diera la razón acerca de Fichte.

¿Qué pensó Goethe de los alemanes? En verdad, nunca se expresó claramente acerca de muchas cosas que le rodeaban; practicó aquel proverbio que dice: *El silencio es de oro*; probablemente no le faltaría razón para esto. Lo que sabemos es que no le agradaban mucho las guerras de independencia, como tampoco la revolución francesa. El acontecimiento que le hizo cambiar todas sus ideas acerca del hombre, fué Napoleón. Se nos han conservado palabras de Goethe, en las cuales muestra cierta dura impaciencia contra todo lo que entonces constituía el orgullo de todo buen alemán; definía el célebre «*Gemüth*», alemán: *indulgencia para con las debilidades de otro y con las propias*. ¿Acaso no tenía razón? Es característico de los alemanes, que rara vez se yerra cuando se los juzga. El alma teutónica tiene en sí galerías anchas y estrechas, cavernas, escondites, secretos; su desorden tiene algo de misterioso que atrae; el alemán conoce muy bien los caminos tortuosos que llevan al caos. Y como toda cosa ama á su semejante, el alemán gusta de lo que es poco claro, de lo que está en vía de formación, de lo que es crepuscular, húmedo, encubierto. Halla profundidad en lo incierto, en lo que se está formando, desarrollando, creciendo.

El mismo alemán no *existe*, sino que se *desarrolla*. Por eso la *evolución* es hallazgo alemán en el reino de las fórmulas filosóficas, una idea madre que merced á la alianza entre la cerveza y la música alemanas, está germanizando toda Europa. Los extranjeros se detienen maravillosamente y encantados ante